



“Con los jóvenes construyendo la misión”

JORNADA DEL MISIONERO DIOCESANO

15 de Abril de 2018 – III Domingo de Pascua

En plena celebración de este luminoso tiempo pascual, en concreto en su tercer domingo, nuestra diócesis de Orihuela-Alicante celebra la Jornada del Misionero Diocesano. Toda nuestra Iglesia diocesana reza haciendo memoria agradecida por los hombres y mujeres que, nacidos en nuestra tierra y sirviendo en lugares lejanos, siembran con su palabra y su testimonio la Buena Nueva de la Resurrección del Señor.

El texto del Evangelio que leemos este domingo (Lc 24,35-48), es continuación del pasaje de los discípulos de Emaús, que se nos hizo tan familiar en la “lectio divina” que centró nuestra atención durante el curso pasado de nuestro Plan Diocesano de Pastoral. Su lectura nos traslada a la noche del día de Pascua.

Los Once, reunidos, escuchan a los discípulos que han compartido con Jesús el camino de Emaús. El día tan singular que todos han vivido está acogiendo la puesta del sol y la caída de las tinieblas. Aunque, ahora, con la resurrección de Cristo, la barrera entre luz y tiniebla, entre el tiempo y la eternidad –entre la muerte y la vida- ha sido derribada.

De improviso, el Resucitado aparece en medio de ellos y les da la paz. El Evangelio, como se puede leer en otros relatos paralelos, da fe de la impresión producida en ellos y deja patente la dificultad que les supone a los apóstoles creer, así como la benévola comprensión de Jesús, que trata de facilitarles el camino de la aceptación de los hechos, y les ofrece distintos modos de reconocimiento: dejarse tocar y mostrarles los signos inconfundibles de su crucifixión, así como la familiaridad de compartir comida.

San Lucas, no satisfecho con ofrecer la “crónica” de los acontecimientos, nos presenta al Señor que penetra en su significado bajo la luz de la Palabra de Dios. En efecto, este misterio de redención es el cumplimiento de las Escrituras. De ellas, se hace referencia, en particular, a pasajes evocados también en el relato de la pasión, con los que se ilumina el cumplimiento del designio divino de salvación.

En un tercer momento del pasaje, S. Lucas, desde la experiencia viva del encuentro con el Resucitado y la comprensión de fe del acontecimiento de la resurrección, abrirá el texto a las afirmaciones de Jesús acerca del anuncio “a todas las naciones” de “la conversión y el perdón de los pecados”. Ellos, los apóstoles y discípulos presentes, son testigos de la misión. Jerusalén, que es, en S. Lucas, el centro y la cima de la misión de Cristo, se convierte ahora también en el punto de partida de la irradiación del Evangelio, en el lugar de inicio de la gran tarea del anuncio de la salvación, en el nombre del Señor, inicio de la misión que nace de la resurrección.

Estas palabras del Evangelio de este domingo deben resonar en todos nosotros, especialmente en los más jóvenes de nuestra Iglesia, pues con ellos, especialmente en estos meses de preparación al próximo Sínodo compartimos encuentro con el Resucitado y la misión recibida de Él.

Jesús, como de tantas formas nos recuerda en su enseñanza Papa Francisco, no quiere sólo liberar a los suyos del temor y la oscuridad, nos pide que seamos testigos en el mundo, que nos convirtamos en hombres que creen y anuncian que todas las heridas pueden ser curadas, y que no hay oscuridad que no pueda ser iluminada por su amor. El Señor llama a todos, pero especialmente a los jóvenes, a ser testigos apasionados, testigos alegres y no discípulos miedosos protegidos por las puertas cerradas; testigos que viven lo que comunican y que al comunicarlo aprenden a vivirlo. Él sigue llamando, sigue invitando especialmente a nuestros jóvenes, a ser testigos que, desde su Cruz y Resurrección, creamos en la fuerza del amor que renueva lo que es viejo y constantemente nos lleva de la muerte a la vida, de la oscuridad a la luz.

Papa Francisco, en su reciente Mensaje del pasado 25 de Marzo, Jornada Mundial de la Juventud, haciendo referencia a María, seguía apostando por una “Iglesia en salida, que va más allá de sus límites y confines para hacer que se derrame la gracia recibida”. Y decía a los jóvenes: “Os invito a

seguir contemplando el amor de María: un amor atento, dinámico, concreto. Un amor lleno de audacia y completamente proyectado hacia el don de sí misma”.

Que María, testigo único de la Resurrección y de Pentecostés, anime a nuestros jóvenes a decir “sí” a la propia **vocación**, a la llamada del Señor, como ella. “Sí” a dar la **vida**, “sí” a la **misión**. Que ella siga acompañando con amor de Madre a nuestros misioneros, y a toda nuestra Iglesia diocesana, a la que pido su oración y su ayuda para nuestros hermanos y hermanas, nuestros misioneros, testigos del Señor Resucitado en tierras lejanas.

✠ **Jesús Murgui Soriano.**
Obispo de Orihuela-Alicante.